

LACAN

NÚMERO 8 * ABRIL 2020

DEMARCA ACIONES

·REVISTA LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS ALTHUSSERIANOS·

COMO INTÉRPRETE
DE LA **CRISIS DEL**
CAPITALISMO

EL TIEMPO DE UNA DEPRESIÓN

Reseña a *El tiempo y el perro. La actualidad de las depresiones* de Maria Rita Kehl.
Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2019, trad. Teresa Arijón

Renata Prati¹

En principio, parece difícil de imaginar que los perros, esas fuentes peludas de alegría, perseverancia y amor, puedan tener algo que ver con la depresión, y el título de este libro de Maria Rita Kehl juega con ese misterio. Sin embargo, existe una línea bastante antigua que imagina a la depresión, y antes a la melancolía, como un gran perro negro, sobre todo en lengua inglesa. Quien hizo célebre la metáfora fue el estadista británico Winston Churchill, pero se dice que no fue él quien la acuñó: parece que era bastante popular entre las niñeras de su época decir, por ejemplo, que un niño malhumorado o desanimado cargaba “un perro negro” en la espalda. En tiempos recientes, la OMS puso una vez más en circulación la imagen del perro negro de la depresión con una serie de videos de divulgación y concientización destinados tanto a quienes sufren de depresión como a quienes los acompañan. El perro negro que lleva allí el nombre de “depresión” es una bestia salvaje pero manejable, una compañía insistente y persistente de la que quizá no sea posible deshacerse del todo, pero que puede ser domesticada y de la que incluso se puede aprender. En esto, la del perro negro es una metáfora esperanzada: sin prometer curas totales permite separar a la pena (o la enfermedad) de la persona, que podía sentirse incluso secuestrada por el perro negro. Tal vez nunca nos libremos del todo de la compañía del perro negro, pero al menos no somos *sólo* el perro negro.

Pero el perro negro de esta tradición no es el perro que tiene en mente Maria Rita Kehl. El perro de Kehl es, en este sentido, un perro *sui generis*: un perro que fue parte de su vida, por sólo un breve instante, un perro sin nombre ni demasiados

¹ Conicet/Universidad de Buenos Aires. Contacto: rprati@filo.uba.ar.

detalles —no sabemos de qué color era tampoco— pero sí, que la marcó como persona, como investigadora y como psicoanalista. Es que el episodio con el perro, que ella narra —casi confiesa— en las primeras páginas de la introducción, es casi la fuente o el motor de este libro: el episodio fugaz, bastante *unheimlich* de tan, a la vez, cotidiano y siniestro, en que atropelló a un perro y escuchó su “aullido de dolor” por unos segundos, porque el animal logró refugiarse entre los matorrales al lado de la autopista y ella tuvo que seguir su marcha, apremiada por los camiones que tenía detrás. Esa fugacidad, la rápida desaparición del perro de la escena y de sus pensamientos, explica Kehl: “se sumaría al borramiento de millares de otras percepciones instantáneas a las cuales nos limitamos a reaccionar rápidamente para, con igual rapidez, olvidarlas de inmediato” (p. 19). Este libro parte de una negativa a ese rápido olvido, de una voluntad de permanecer en esas experiencias incómodas, dolorosas, inquietantes, que la velocidad de la vida contemporánea nos empuja a abandonar.

Aunque se organiza en tres partes, *El tiempo y el perro* tiene más bien dos tesis importantes, o dos grandes conjuntos de tesis principales: uno relativo a las causas y la actualidad de las depresiones, es decir, a la idea de la depresión como síntoma social, provocado, ante todo, por la experiencia de la temporalidad en la modernidad tardía; y otro relacionado con la caracterización psicoanalítica de la depresión, siguiendo una lógica lacaniana de destitución subjetiva. Ambas tesis están articuladas en la argumentación de Kehl, pero en cierta medida pueden entenderse como independientes, lo que habla también del carácter interdisciplinario, heterogéneo, quizá incluso bifronte que define al libro. Entre el psicoanálisis, la filosofía y la crítica cultural, Kehl abreva en distintas fuentes; se esfuerza por no compartimentar la reflexión, a la vez que procura no confundir la mirada social y filosófica más general con la atención singular que un psicoanalista siempre le debe a sus pacientes: “Los depresivos deben ser, como todos los que recurren al psicoanálisis, escuchados uno por uno. El sentido de síntoma social no anula la singularidad del sujeto” (p. 275). De su accidente con el perro nació una reflexión y una investigación que lo trascienden; pero el recuerdo de ese perro, su dolor singular, no por eso se borra.

La depresión como síntoma social: tiempo y actualidad

Pensar la depresión como un síntoma social, tal como Kehl se lo propone desde las primeras páginas, significa pensarla en línea con la tradición de la melancolía. Para ella, es importante reivindicar la ascendencia cultural de la depresión en la melancolía: a pesar de que en distintos lugares subraya que no son equivalentes en sus estructuras clínicas, ambas son reveladoras del estado del mundo en una época determinada. En otras palabras, el papel que otrora cumplía la melancolía, de expresar el malestar, el desacuerdo e incluso la rebeldía del sujeto frente a los ideales de su época, de dar la

voz de alarma sobre zonas problemáticas de la vida social, hoy lo cumplen —o buscan cumplirlo— las depresiones. Esto es lo que Kehl llama su “actualidad”: esta no tiene tanto que ver con el crecimiento de las cifras de la depresión, con el alarmismo en aumento sobre la “epidemia” de la depresión, sino más bien y ante todo con la relación más profunda y potencialmente iluminadora que este fenómeno tiene con la época en que vivimos. En esta relación, para Kehl, el problema se juega sobre todo en la temporalidad: la depresión pone sobre la mesa el problema del tiempo en nuestros tiempos.

Esta primera tesis de Kehl, sobre la temporalidad, puede desglosarse en tres aspectos: en primer lugar, y el más importante, el problema con la temporalidad en las sociedades capitalistas contemporáneas es su aceleración; en segundo lugar, como explora sobre todo la segunda parte del libro abrevando en reflexiones de Bergson y Benjamin, la modernidad tardía promueve una experiencia desvinculada del pasado y no transmisible, una experiencia tan empobrecida que en verdad no llega a constituirse en experiencia; y esa orfandad tiene que ver, en tercer y último lugar, con una pérdida de valor de las experiencias, un fatalismo o una equivalencia general de todas las cosas (si todo tiene el mismo valor, nada lo tiene), que es en parte el resultado de la aceleración y del corte con el pasado de la experiencia actual. Esta caracterización sobre el problema de la temporalidad va componiendo a lo largo del libro una imagen compleja pero bastante nítida de la depresión contemporánea: la lentitud que encarna frente a la vertiginosa aceleración de las presiones y demandas, el desamparo y la falta de referentes identitarios (algo que Kehl aborda retomando los desarrollos del sociólogo francés Alain Ehrenberg), la desvalorización y el vaciamiento de la vida que caracterizan al mundo estallado de las depresiones. Es por estos tres caminos que se va construyendo el sentido de síntoma social como una tensión con los ideales vigentes de urgencia, de goce, de felicidad, de productividad y consumo maximizados.

La depresión como destitución subjetiva: traición y vacío

Si el primer conjunto de tesis explora la manera en que la depresión surge de una relación con el tiempo y con su tiempo, es decir, si procuran responder a la pregunta por las causas o el origen de las depresiones actuales, hay también en este libro otra tesis que se dirige, más bien, a la pregunta por el *qué es* la depresión. Pero en verdad, como aquí la discusión es ya claramente psicoanalítica, no se trata del clásico “qué es” de la filosofía, sino más bien de la pregunta por la estructura psíquica de la depresión.

Sin embargo, y en rigor, para Kehl la depresión no es una. Luego de deslindar las depresiones de la melancolía —ubicándolas en el campo de las neurosis—, y luego de distinguir también entre episodios depresivos y la depresión como posición subjetiva de los depresivos crónicos, se sigue imponiendo la pregunta por el sentido específico de la idea de la depresión, sobre aquello que permite hablar, en los distintos casos y

manifestaciones, siempre de una tristeza similar, si no del mismo tipo. La respuesta aquí viene dada sobre todo a través de Lacan: la depresión, ya no en sus causas o condiciones, sino en su estructura propia. Así, se describe la depresión como una destitución subjetiva: una retracción, un ceder en el propio deseo, una traición a sí. Esto tiene que ver, explica Kehl, con el otro sentido de la idea de síntoma para el psicoanálisis: el síntoma no es sólo la expresión de un malestar, sino también una tentativa de cura, si bien mal planteada y destinada al fracaso (*cf.* p. 258). Frente a una demanda del Otro que percibe como avasallante y vertiginosa, el depresivo se repliega “bajo las sábanas”, en un espacio “paradojal” que es para él, al mismo tiempo, refugio y peligro, goce y pulsión de muerte (p. 143). La persona deprimida se esconde del mundo, se retrae a un vacío, a un tiempo muerto, a una pura negatividad, y, frente a eso, el psicoanalista (así como el analista en el sentido más general posible) no debe caer ni en una actitud romántica ni en una demasiado escéptica, no debe ni dejarse fascinar ni tampoco renunciar a intentar comprender el valor de la negación depresiva.

* * *

Maria Rita Kehl escribió un libro ambicioso y sensible, exigente y responsable, que se ocupa de un fenómeno complejo y actual, y que se anima a salir de la propia parcela disciplinaria para hacerle justicia. Sin embargo, por momentos parece darse una suerte de oscilación entre esa amplitud interdisciplinaria y su deuda con el psicoanálisis, que la lleva a sostener que lo culturalmente contingente son las condiciones de adaptación, pero que, en sí, “las estructuras clínicas no varían” (p. 26). Respecto a este punto, me limitaré a señalar cierta contradicción, antinomia y problema que retoma el enfrentamiento entre la historia y la estructura, para plantear una pregunta: la tesis sobre la depresión como retracción subjetiva —su estructura clínica marcada por la “cobardía” y la “culpa justificada”—, ¿no entra acaso en contradicción, en cierto sentido, con las tesis sobre la depresión como síntoma social, como rebeldía y tensión con los ideales vigentes?, ¿son, en definitiva, tan compatibles las dos principales tesis de este libro como parece suponerlo Kehl? Si bien en ambas tesis aparece la idea de la traición, no es lo mismo traicionar a la sociedad que traicionarse a uno mismo.

El tiempo y el perro recorre distintos aspectos de la depresión y avanza varias tesis al respecto, pero en definitiva la más pregnante y articuladora es la que se encuentra contenida ya en su mismo título: la actualidad de la depresión se debe ante todo a su sentido de síntoma social, a su capacidad de hacer frente, a su manera, a la aceleración contemporánea. Lo que significó ese perro, su aullido de dolor, fue un llamado de atención: quizá la manera en que por lo general se aborda la clínica de las depresiones no sea lo suficientemente atenta al tiempo de las depresiones, a su lentitud o su morosidad, como tampoco a su actualidad. Tal vez su incidente con el perro tenga algo que

ver con el error que reconoce en su propio trabajo clínico con el paciente “D” (¿será casual la elección de la inicial, será la misma “d” con la que comienza la palabra depresión?), un joven deprimido que, al cabo de unos pocos meses de análisis, interrumpió las sesiones algo abruptamente. Kehl podría haberse refugiado sin más en la “cobardía” del depresivo, en su resistencia al psicoanálisis, en su incapacidad de enfrentar su deseo, pero elige en cambio concentrarse en algo bien distinto, y reflexionar sobre su propio error como analista, un error que tal vez haya tenido también algo que ver con el apuro: “Preocupada como estaba por entender la ausencia de todo interés en la dimensión pública de la vida en ese adolescente tardío, dejé de interrogarlo sobre el único aspecto en el que podría implicarse de manera creativa: su vida en aquel cuarto” (p. 110).

Kehl se reprocha no haber podido tomar en serio el espacio aparentemente vacío y de pura negatividad del encierro depresivo. No haber podido darle tiempo, no haber estado dispuesta a demorarse en él. Y es posible que los preceptos para la clínica de las depresiones que ella enuncia en este libro —ante todo ofrecer tiempo y el permiso de no gozar— sean útiles mucho más allá de la consulta y no sólo para los psicoanalistas: quizá también como filósofos, como críticos y analistas de nuestra cultura, necesitemos darle tiempo a la depresión. Tal vez, incluso, tengamos algo que aprender del tiempo de la depresión.

* * *